

## *La entrañable amistad con Jesús*

1. Si mirando hacia atrás, al camino que hemos recorrido en la vida, repasamos pausadamente nuestros momentos más felices, esos momentos que se han anclado en la memoria y que con gozo evocamos de vez en cuando; lo más probable es que en ellos encontremos a *las personas amadas*. ¿Qué hace realmente inolvidables esos instantes? Muchas veces, la cercanía, el calor, la grata conversación con las personas que más hemos amado en la vida. Los novios recordarán con ilusión el momento en que se conocieron; los estudiantes, por su parte, al evocar los primeros pasos en la Universidad, pensarán en sus compañeros y sus mejores profesores; los empresarios gozarán reviviendo los comienzos de sus negocios y las personas que entonces les ayudaron e hicieron posible sacar adelante sus empresas. En todos los casos encontramos *amigos*, amigos con los que hemos compartido gratas experiencias.

Cada uno tiene su historia. El gran apóstol y evangelista, san Juan, tiene la suya y la narra, casi con nostalgia, en las primeras páginas de su evangelio. Es un relato luminoso y encantador en el que nos describe el instante preciso en que se encontró con Jesucristo. Estaba con Andrés, un buen amigo y compañero, con el que compartía las enseñanzas que recibían del Bautista junto al río Jordán.

Una tarde, ambos descubren a lo lejos, la amable figura de Jesús que va pasando de largo. El precursor les dice con cierta solemnidad y misterio: *Este es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo*<sup>1</sup>. Y los dos muchachos se acercan a Jesús y le dicen: *¿Dónde vives Rabí? Y él les dijo: Vengan a ver. Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él ese día. Eran como las cuatro de la tarde*<sup>2</sup>.

Aquel encuentro marcó sus vidas. Claramente se puede señalar en ellas un antes y un después. Todo cambió, para bien, a partir de las cuatro de la tarde de aquel inolvidable día. Si hoy nosotros nos preguntáramos, ¿qué ocurrió exactamente? La respuesta es fácil: de aquel encuentro *surgió una profunda y entrañable amistad con Jesucristo*.

2. Vendrán luego años intensos. Años en los que Juan y Andrés, con Pedro, Santiago y los demás, incluidas algunas mujeres, serán los testigos privilegiados del paso del Hijo de Dios por la tierra. Acompañarán al Señor en sus recorridos por Judea y Galilea y notarán que la amistad entre ellos se va consolidando cada vez más. Hasta que, en la memorable velada de la última cena, escucharán de sus labios: *Ya no los llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a ustedes, los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que he oído de mi Padre*<sup>3</sup>.

En efecto, el trato, sencillo y natural entre el Maestro y los discípulos, fue generando una confianza cada vez mayor. Una íntima relación, de tú a tú, entre cada discípulo y Jesús, que va haciendo que gradualmente se identifiquen con Él. Van aprendiendo a ver las cosas como Él las ve. A alegrarse con lo que Él se alegra, a

---

<sup>1</sup> Juan 1, 29.

<sup>2</sup> Juan, 1, 38-39.

<sup>3</sup> Juan 15, 15.

entristecerse con lo que Él se entristece. Se dará, en definitiva, lo que san Agustín, recogiendo la tradición clásica, definía como esencia de la amistad: el *ídem velle, ídem nolle*, amar y rechazar lo mismo.

3. Efectivamente, ya Aristóteles insistía en que la verdadera amistad surge cuando dos personas igualmente buenas y virtuosas se desean mutuamente lo mejor<sup>4</sup>. Cuando se comparte la verdad, el bien y la belleza. Cuando juntos miran, como decía C.S. Lewis, en la misma dirección<sup>5</sup>.

Jesús invita a sus discípulos a conocer y amar a su Padre celestial. Les comparte el mayor bien que es posible imaginar. Y es eso, justamente, lo que quiere también para nosotros. Todos lo que hoy nos hemos reunido para celebrar esta Eucaristía, podemos hacer nuestro aquel encuentro de Juan y de Andrés, y conversar habitualmente con Jesús sobre los grandes misterios del Reino de los Cielos.

Es bueno que tengamos amigos y que con ellos sepamos compartir las cosas buenas de la vida pero, ante todo, debemos frecuentar con la mayor intensidad la compañía y la conversación con *el Gran Amigo, que nunca traiciona*<sup>6</sup> como exhortaba, san Josemaría. Hemos de ser contemplativos –insistía–: *personas que, en medio del fragor del la muchedumbre, sabemos encontrar el silencio del alma en coloquio permanente con el Señor: y mirarle como (...) se mira a un Amigo, al que se quiere con locura*<sup>7</sup>.

4. ¿Cómo conseguirlo? Una buena forma de comenzar es por medio de la misa. *La misa es una especie de encuentro íntimo* –explica Mons. Barron y joven y brillante obispo norteamericano– *un encuentro formal lleva consigo típicamente dos cosas básicas: conversar y comer. En una fiesta, recepción o convite saludamos a los invitados y pasamos un buen rato hablando juntos antes de pasar a compartir la comida.*

*La misa es un encuentro con Jesucristo, un acto formalmente ritualizado para “estar con él”. En la Liturgia de la Palabra, le escuchamos (en las Escrituras) y le contestamos (en las respuestas y oraciones); después, en la Liturgia de la Eucaristía nos tomamos la comida que Él nos prepara*<sup>8</sup>.

Ese es el camino para lograr la amistad con Jesús: tratarlo. En el pan y en la palabra, en la Eucaristía y en la oración. Que María Santísima nos acompañe y ayude en esa gran aventura que un día emprendieron Juan y Andrés, Marta y María, Nicodemo y Zaqueo.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 14 de enero de 2018

---

<sup>4</sup> Cfr. ARISTÓTELES, *Ética Nicomaquea*, VIII, 3.

<sup>5</sup> Cfr. C.S. LEWIS, *Los cuatro amores*.

<sup>6</sup> SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 88.

<sup>7</sup> SAN JOSEMARÍA, *Forja*, n. 738.

<sup>8</sup> R. BARRON, *Catolicismo. Un viaje al corazón de la fe*, p. 199.